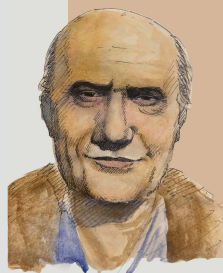


COLECCIÓN  
TESTIMONIOS

# MEMORIA DE UN NAUFRAGIO



---

VITO FIORINO

PRÓLOGO, SELECCIÓN Y EDICIÓN AL CUIDADO DE  
SUSANNA NANNI

TRADUCCIÓN Y POSTFACIO  
MARCELA CROCE



**VERA** editorial cartonera

# **MEMORIA DE UN NAUFRAGIO**



COLECCIÓN  
**TESTIMONIOS**

# **MEMORIA DE UN NAUFRAGIO**

---

**VITO FIORINO**

PRÓLOGO, SELECCIÓN Y EDICIÓN AL CUIDADO DE  
SUSANNA NANNI

TRADUCCIÓN Y POSTFACIO  
MARCELA CROCE



**VERA** editorial cartonera

# EN EL NOMBRE DEL NUNCA MÁS: ACTUAR LA MEMORIA

---

SUSANNA NANNI

Este libro nace de la voluntad de seguir reflexionando sobre el *Nunca más* más allá de todo tipo de frontera histórica o geográfica, de intentar comprender su significado profundo o el significado que cada uno de nosotros quiere darle.

La tragedia de la *desaparición* sigue repitiéndose, masiva y sistemáticamente, hoy en día, en Europa. En otro contexto, otro tiempo, otra geografía, otras víctimas con respecto a la tragedia argentina, pero con las mismas trágicas consecuencias: la desaparición de seres humanos y la negación al duelo de madres y familiares.

La historia de Vito Fiorino, que aquí se narra en primera persona, es una historia de migraciones, de naufragios, de desaparecidos, de elecciones, de destinos, de coraje, de rescate, de la manera en que queremos estar en el mundo y relacionarnos con los otros, con «el Otro». Es una historia sobre el instinto humano a actuar, en algunos, y sobre la indiferencia, de otros.

El 3 de octubre de 2013 hubo un naufragio que causó la muerte de 368 seres humanos afuera de las costas de Lampedusa: ínsula tan pequeña y marginal en el medio del Mar Mediterráneo como importante lugar de desembarque de migrantes que huyen de África y de Oriente Medio. La «Puerta de Europa».

Esa noche Vito logró rescatar a 47 náufragos. Y, desde entonces, su vida cambió.

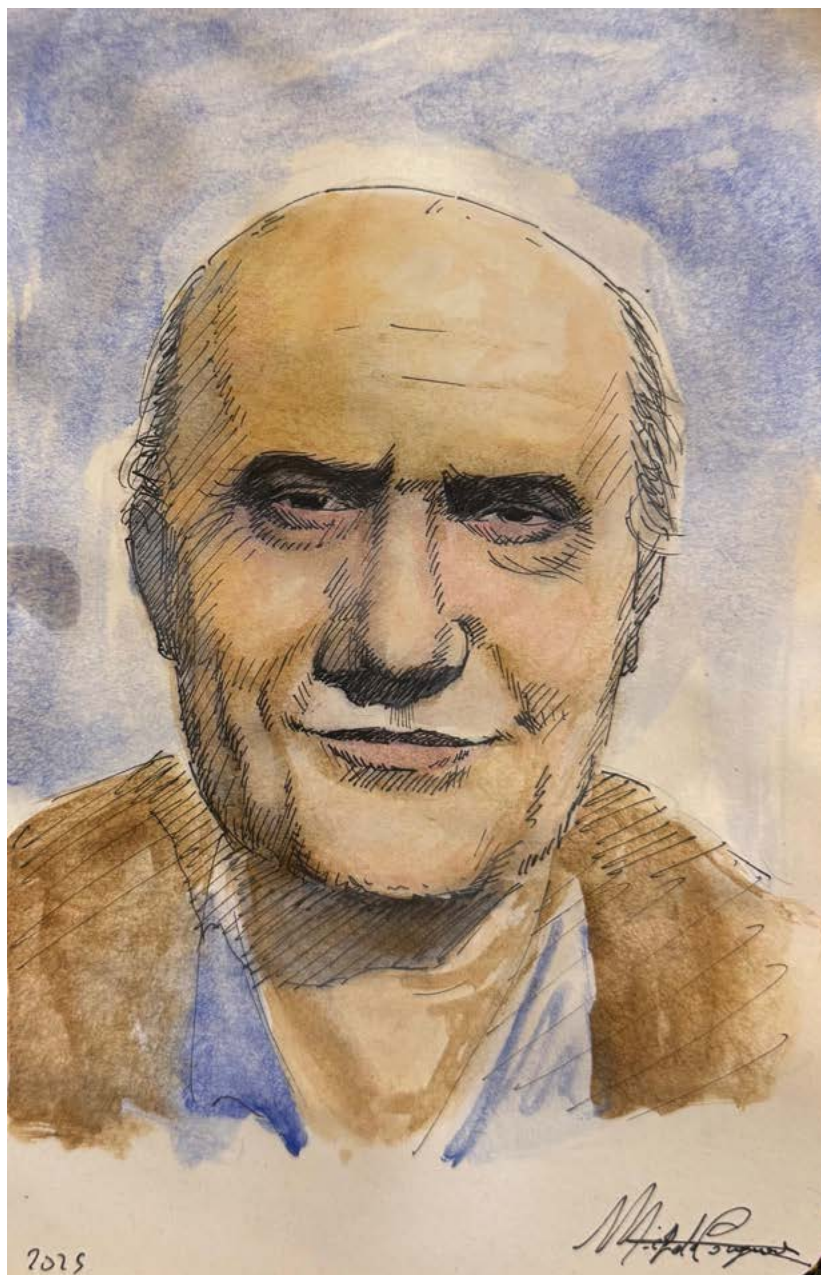
Entre otras cosas, decidió hacerse testigo de la memoria de esa tragedia. Es permanentemente invitado a dar charlas en escuelas de todos los niveles y grados, habla con chicos de primaria como con estudiantes universitarios, en un jardín de infantes como frente al Santo Padre o a la Comisión Europea. Siempre con un lenguaje claro, directo, cercano y con un tono divulgativo que logra transmitir mensajes profundos sobre la tragedia vivida frente a cualquier tipo de audiencia y en cada ocasión.

La escritura de este libro refleja, justamente, este lenguaje y restituye la oralidad de su discurso. De hecho, el texto se construye sobre la base de esos encuentros, entrevistas, charlas, documentales y sobre fragmentos del libro *Vito e gli altri*, de Nicoletta Sala (Mimesis, 2025), primera publicación editada en Italia sobre su historia gracias a la Fundación Gariwo (Gardens of the Righteous Worldwide) y ofrecida en escuelas y bibliotecas de todo el país.

Es un enorme privilegio para mí difundir la historia de Vito en la Argentina. Para seguir pensando, sin fronteras, en el *Nunca más*. Para actuarlo. Es un verdadero honor hacerlo gracias a Vera Cartonera y a través de la traducción impecable y atenta de Marcela Croce. A las queridas Analía Gerbaudo y Marcela Croce va todo mi agradecimiento y el mérito de este libro «hecho con amor». Y a Vito, por recordarnos que todavía hay humanidad, en medio de una humanidad indiferente.

Para mí el amor es haber vuelto a dar vida  
a las personas  
y haber vuelto a darme vida a mí mismo

VITO FIORINO



RETRATO DE VITO POR MICHELE PARAGNANI

«La noche del 3 de octubre de 2013, junto con siete amigos, habíamos decidido salir al mar en mi barco. Estaba calmo, no había viento. En un momento apareció frente a mí una escena aterradora: al menos doscientas personas en el mar que pedían ayuda, que gritaban, que agitaban los brazos buscando mantenerse a flote. Salvé a 47 náufragos, entre ellos un chico de 13 años, y desde aquella noche mi vida cambió».

# EN PRIMERA PERSONA

---

VITO FIORINO

SELECCIÓN Y EDICIÓN AL CUIDADO DE  
SUSANNA NANNI

## MIGRACIONES

Soy Vito Fiorino; nací en Bari, en el sur de Italia, en 1949. Soy migrante e hijo de migrantes: tenía once meses de vida cuando mi madre decidió dejar Bari con sus dos hijos y una valija de cartón para reunirse con mi padre en Milán, que todavía no me conocía porque el viaje de un extremo al otro del país era demasiado caro. Eran los años de la posguerra. Mi madre tomó esta decisión para que nuestra familia estuviera unida, decidió afrontar aquella pobreza absoluta en la que él vivía y en la que viviríamos también nosotros durante los seis años siguientes.

La casa en la que nos recibió era el sótano oscuro de un gran edificio donde mi padre trabajaba como carpintero. En ese sótano almorzábamos y cenábamos todos juntos. Detrás, separados de cualquier modo, dormíamos todos. No había baño, solamente una canilla para lavarse, para lavar y cocinar. No había nada pero eso era todo para nosotros.

Vivíamos con nada o casi nada. Como los inmigrantes actuales que procuran llegar a Europa desde África y desde Medio Oriente huyendo de guerras, dictaduras y catástrofes de todo tipo, con la esperanza de una vida mejor. O solamente de vivir.

¿Dónde viven? Me lo pregunto a menudo. Nosotros vivíamos en el sótano. En Milán nos llamaban *terróni*,<sup>1</sup> y nadie les alquilaba casa a los *terróni*; nos denigraban, nos despreciaban. Eran los años 50 del siglo xx y los migrantes éramos nosotros, los *terróni*. Éramos pobres. Éramos discriminados. Como los africanos de hoy. Por eso, cuando veo que son humillados, marginados, cuando veo la precariedad en la que viven y la esclavitud en la que trabajan no puedo permanecer indiferente. La verdad es que no sabemos acoger a estas personas a quienes muchos, demasiados, no quieren. No les damos la dignidad que merecen como seres humanos.

Mi padre era carpintero. Trabajaba para que mi hermano y yo tuviéramos un futuro mejor. Y así íbamos a la escuela, con mucho esfuerzo, porque nuestros padres habían asistido solamente a la primaria y no lograban explicarnos las cosas que no entendíamos. En aquellos años tan delicados como son la infancia y la adolescencia, mi madre nunca se me acercó a preguntarme si había entendido o no algo en la escuela porque no hubiera sabido ayudarme. Debíamos arreglarnos solos. Solos frente a esa instrucción que nos habría garantizado un futuro mejor, que para nosotros era como escalar una montaña.

## DECISIONES

Después de la primaria fui a la escuela comercial. Era ya mucho para la época, pero daría cualquier cosa por volver atrás, por poder estudiar ahora de nuevo. A menudo ocurre que hablo con personas cultas que me piden que cuente mi historia. Yo hablo, relato, pero me siento frecuentemente en dificultades. Como con el inglés, que no entiendo. Me falta la instrucción, el estudio, que es la base de todo. Pero para mí, y para tantos otros como yo, la escuela fue dura. Y todavía lo es hoy para todos los inmigrantes y sus hijos, que

1. Término despectivo para los oriundos del sur de Italia [N. de la T.].

llegan a Italia con una valija llena de recuerdos y de palabras de otra lengua, con otra cultura.

Por esto les digo siempre a los chicos que encuentro en las escuelas que estudien, que sean curiosos, sedientos de saber, porque la instrucción y la cultura están en la base de todo.

Tras terminar el tercer año de la escuela comercial, a los catorce años, empecé a trabajar como obrero mecánico. Debía vigilar computadoras enormes todo el día. Me pagaban puntualmente y no era un trabajo agotador pero era muy aburrido. Esa no era la vida que quería llevar. No era mi destino el del empleado encerrado todo el día en una oficina. No era para mí. Así lo sentía y así se lo dije a mi padre. Era joven pero decidido.

Le dije que quería ser carpintero como él. Que quería tener una empresa propia. Al principio no entendió. No quería, porque sabía cuánto esfuerzo tendría que hacer y quería ahorrármelo. Luego advirtió mi determinación. Mi decisión. Sabía que no cambiaría de idea, no en ese momento. Ser determinado es importante. También expresar los propios deseos, hablar de ellos con otros y escuchar consejos. Pero las decisiones hace falta tomarlas solo, hace falta llevarlas adelante con determinación. Yo la tenía. Comencé como carpintero y abrí una empresa que poco a poco se convirtió en una familia. Mis empleados eran amigos, yo quería que estuvieran bien, no solamente que trabajaran bien. Juntos hacíamos estructuras para ferias: montábamos la armazón en madera, los puestos para los comerciantes que querían dar a conocer sus productos en el interior de grandes exposiciones, nacionales e internacionales. No hay nada más lindo que viajar, por trabajo o por placer. Abre la cabeza, los horizontes, las perspectivas. Es como leer. Viajando y leyendo se descubren nuevos mundos, nuevos modos de hacer y pensar las cosas. No hay nada que valga más, ninguna riqueza material. Un viaje, incluso uno solo, puede cambiar la vida, puede revolucionar todo.

También los migrantes viajan para cambiar su vida, para revolucionarla, o solamente para ponerla a salvo. Los suyos no son claramente viajes de placer, son viajes impulsados por la necesidad, por

el instinto de supervivencia. O te vas y te arriesgás a morir, o morís: para algunos esta es la elección, el motivo del viaje. Tampoco el de mi madre fue un viaje de placer: viajó del sur al norte del país, con dos hijos, para cambiar de vida. Y así fue: nuestras vidas, de hecho, cambiaron. En el fondo, soy quien soy gracias a ella, a ese viaje. Y yo mismo, años más tarde, después de haber elegido ser carpintero, de tener una empresa, una casa y una familia, hice un viaje. Debería haber sido un viaje breve de vacaciones, de una semana, pero en cambio fue una revolución. Porque ese viaje me convirtió en otra persona. Me dicen que soy un hombre justo, un «justo entre las naciones». No soy un héroe, sino un hombre que arriesgó la propia vida para salvar la de otros, un salvador de naufragios. Hoy, un testigo de la tragedia que se consume a diario en el Mediterráneo, en mi mar.

## **LAMPEDUSA**

En el verano del año 2000 hice un viaje a Lampedusa con una amiga de la familia, en un momento de mi vida en que todo parecía ya escrito.

¿Quién lo hubiera esperado? Yo, migrante hijo de migrantes, que con esfuerzo me había convertido en responsable de una empresa de instalaciones de ferias de exposiciones, que era padre y a esa altura abuelo de uno de mis dos nietos adorados, Gabriel (Martina nacería en breve). Después de aquel viaje a Lampedusa se revolucionó todo. Casi de un día para el otro.

Apenas pisé la isla pensé que era mágica, quería descubrirla y todavía hoy, al cabo de tantos años, Lampedusa tiene algo para ofrecerme, para enseñarme. Para mí es como una gran madre: recibe a los turistas, recibe a los migrantes, recibe a los curiosos, recibe a todo aquel que crea en ella.

Muchos me preguntan por qué me detuve allí. ¿Qué respondo? No lo sé. El mar, los colores. Quedarse sobre una roca durante una hora observando el horizonte. No lo sé explicar racionalmente, pero creo que fue ella, la propia isla, la que me eligió, me recibió, me regaló serenidad, me dio una nueva identidad. Lampedusa es una isla

pequeña, rocosa y con poca vegetación. Está más cerca de África que de Sicilia. Ahí se habla un siciliano absolutamente particular que aprendí a entender de a poco.

Luego de aquel viaje, una vez vuelto a Milán, comencé a sentir que en esa isla había ocurrido algo, había cambiado algo dentro de mí. Comenzando por mi trabajo: antes trabajaba muchísimo, continuamente, pero decidí tomarme otras vacaciones y regresar a Lampedusa. Era a finales del verano y los otros, los turistas, se iban. Decidí que volvería allí, rápido, lo antes posible, para quedarme. En Lampedusa. Para vivir allí.

Nadie me creía: mis amigos, mi familia, mis empleados, pensaban que estaba loco, que en breve volvería a Milán. Pero no ocurrió. Vuelvo con frecuencia a Milán, claro, para estar con mi familia, pero ahora vivo en Lampedusa. Decidí cerrar la empresa, les expliqué a mis empleados que esperaba que todos ellos encontraran otro trabajo porque eran como una familia para mí y no quería que quedaran desocupados. Luego regresé a la isla.

Lentamente me inserté en la comunidad porque la lampedusana es una verdadera comunidad, de hecho, no en términos abstractos. Somos pocos, nos conocemos todos. Vivimos todos sobre la misma roca, circundados por el mar Mediterráneo. Tenemos esto y muchas otras cosas en común.

Busqué una casa, comencé a estrechar relaciones, a aprender el dialecto, a mirar el mar a diario. Mi nieto venía a visitarme, como hacía yo a su edad, que en verano iba a casa de mis abuelos en Bari. Él venía a Lampedusa. Venía a visitarme y éramos felices.

## **HELADO DE TURRÓN**

Tenía 63 años, tenía un barco para mis nietos, tenía una casa y tenía muchos amigos nuevos en Lampedusa. Cómo había llegado a aquella isla casi no lo recordaba en 2012, cuando decidí abrir una heladería. Una actividad comercial, para que funcionara en verano, cuando llegaban los turistas. Una vez más, hice una elección que muchos

consideraron arriesgada. Tenía la receta perfecta de un heladero milanés. Y así abrí mi heladería. Una vez, en una escuela, un chico quedó muy impresionado por mi testimonio y, para romper el hielo, sin saber qué pregunta hacerme, me preguntó cuál era el mejor gusto de helado. «El mejor gusto es el turrón», respondí. Pero los gustos cambian, tal como cambian las circunstancias de la vida. Nunca se puede saber qué nos está reservado. Qué puede ocurrirle a un abuelo, a un carpintero dueño de una heladería que una noche, como tantas otras, decide salir en barco con los amigos. Nunca se puede saber qué nos reserva la vida, pero es preciso estar siempre listo para responderle. Para tomar decisiones y sostenerlas. Con determinación.

## **GAMAR**

La idea del barco fue de mi nieto, para dar vueltas por la isla cuando venía a visitarme. Francamente yo no había pensado en eso, quería hacerlo feliz y me puse a conseguirlo. Ahora sé que fue el destino el que lo encontró por mí: gracias a ese barco salvé a 47 personas. Era un viejo barco pesquero de los años setenta, de diez metros de eslora, abandonado en el pasto. Tan maltrecho que nadie lo quería, no le servía a nadie. Sobre un flanco se leía todavía el nombre, desteñido por el tiempo y por la intemperie: «Nueva Esperanza». Era su nombre de bautismo, el que había elegido quien lo había comprado y estrenado. Así se hace con los barcos, se elige un nombre y le queda para toda la vida. Los marineros son muy supersticiosos. Por eso el nombre del barco no se cambia nunca.

Los amigos lampedusianos pensaban que estaba loco, que nunca lograría acondicionar ese pesquero, que no valía nada. Tal vez tuvieran razón, un poco loco estaba, pero estaba decidido, era un carpintero y, aunque nunca había reparado ni construido un barco, sabía arreglarme con las manos. Una vez terminado el trabajo los amigos, incrédulos, me dijeron en su dialecto lampedusano: *Facisti 'no iot!*, hiciste un yate, una obra maestra. Yo no estaba muy orgulloso y,

como me parecía que aquel barco no tenía nada del viejo pesquero que había sido, decidí cambiarle el nombre: «Gamar».

«¿Le pusiste un nombre árabe? ¿Por qué?», me preguntaban los amigos isleños. Y yo me reía porque lo llamé así por mis nietos: «Ga» por Gabriel y «mar» por Martina. No había elegido voluntariamente un nombre árabe, aunque años después me dijeron que, efectivamente, en un dialecto árabe *gamar* significa luna; y entonces pensé en la luna que no había aquella noche. La noche en que, con ese barco, salvé a todas aquellas personas en medio del mar.

Comenzó así la experiencia marítima. Una experiencia bella, emocionante, pero peligrosa. Con el mar no se juega. Me hice enseñar, escuché y aprendí cómo se maneja un barco como ese y cómo se comporta en el mar.

El mar, cuando te rodea, el mar, cuando no ves nada y sentís crecer el miedo, no es solamente mar. No es un balneario y una charla entre amigos. Es terrible. Monstruoso. Inhumano. Lo sé. Conozco ese miedo. Personalmente apenas lo he rozado, pero me alcanzó para comprender. Tenía catorce o quince años cuando lo experimenté. Extrañamente, hasta hace un tiempo lo había casi olvidado, lo había removido como se hace a veces con las pesadillas o con los recuerdos desagradables. Solamente después de 2013, después del naufragio de aquella noche en Lampedusa, me volvió todo a la mente.

## **NAUFRAGIOS**

También yo, de niño, fui un náufrago. Fui salvado por un barco pesquero. Pero no lo recordaba. Era apenas un niño, inconsciente como tantos otros. Era verano. Y ese verano, como todos los veranos, estaba en casa de mis abuelos en Bari. Apenas terminaban las clases, mi hermano y yo tomábamos el tren y, como los hijos de tantos inmigrantes, volvíamos a «casa» donde estaban los abuelos y el resto de la familia que nos esperaba. Esa tarde fui a buscar a mi tío, que tenía un taller mecánico junto con un socio al que conocía. También estaba su hermano, Toni, un chico mayor que yo

que ya tenía licencia de conductor. Hablamos de todo un poco, era simpático. Luego me preguntó: «¿Qué te parece, vamos a darnos un chapuzón por Palese?». Palese es un pueblo al norte de Bari sobre el mar. Le dije que sí. «Entonces voy a pedir prestado el gomón de mi hermano, lo cargamos en el coche y vamos al mar». Él estaba contento y yo también. Me parecía una buena idea.

«Tengan cuidado...», nos dijo su hermano, «porque viene viento de la tierra». Yo entonces no sabía qué quería decir «viento de la tierra» pero después lo entendí. Básicamente, cuando el viento sopla fuera de la tierra hacia el mar, como ese día, arrastra todo. Por eso andar en barco cuando hay viento de la tierra es peligroso. Toni dijo: «quedate tranquilo, no te preocupes... Nos vemos más tarde, volvemos antes de la noche». Yo creía que sabía lo que hacía, que tenía experiencia, porque era mayor que yo.

Y así llegamos cerca del puerto de Palese, estacionamos y descargamos el gomón. No tenía motor, solamente remos. Entonces Toni me dijo que tomáramos una piedra grande para usar como ancla. Me pareció raro, pero Toni hablaba como si lo hubiera hecho centenares de veces, como si fuera la cosa más normal del mundo. Por eso yo, que era joven, que vivía en Milán y veía el mar solamente en verano, obedecí y busqué la piedra para servir de ancla, como él decía.

Remar mar adentro fue fácil. A unos veinte metros de la orilla tiramos la piedra al mar y nos sumergimos. Al principio hablábamos y nadábamos tranquilos. Era todo muy lindo. Había sol y se veían las sombrillas y los coches estacionados, y cada tanto yo alzaba los ojos y miraba hacia la orilla. Me parecía siempre más lejana.

En un momento le dije: «nos alejamos demasiado». «No te preocupes —respondió— con los remos volvemos cuando queremos». Hablaba como si estuviera muy seguro de sí, como si tuviera experiencia. Yo confiaba pero empezaba a ponerme nervioso, dejé de divertirme e insistí en volver, diciendo que nos habíamos alejado demasiado y que para mí se había hecho tarde. Entonces Toni me dijo: «Ok, soltá el ancla». Pero... colgada de la soga no había ninguna piedra y el viento, el «viento de la tierra», soplabla fuerte y nos

llevaba mar adentro. «Enseguida me pongo a remar —dijo Toni con simpleza—, vas a ver que en un abrir y cerrar de ojos volvemos a casa». Pero él remaba y nos adentrábamos cada vez más. Entonces me pasó los remos, se puso las patas de rana, se paró en el borde y se sumergió, pensando en arrastrar a nado el gomón, pensando que lo lograríamos. Era más inconsciente que yo. Era una idea absurda. No nos movíamos ni un metro. Le grité que volviera a subir al gomón y, cuando subió, estaba destruido, temblaba, tosía, vomitaba. Y tenía miedo. Yo gritaba por ayuda. Movía los brazos, agitaba los remos sobre la cabeza esperando que alguien nos viera desde la orilla. «Quedate tranquilo, Toni», le decía, mientras procuraba calmarme yo también. «Tu hermano sabe que estamos aquí, verá que no llegamos y vendrá a buscarnos». Lo repetía para creérmelo yo mismo. Para calmarme. Porque Toni estaba agitado. Porque estábamos lejísimos. Dos chicos en medio del mar. Solos. Dos náufragos sin saber que lo éramos, sin darnos cuenta realmente de lo que habría podido suceder. Dos inconscientes.

Entonces vi un punto negro a lo lejos. En medio del mar. A medida que pasaba el tiempo se hacía más grande. Era un pequeño pesquero a motor. ¡Qué alegría el ruido de ese motor! Y los gritos de esos dos pescadores que nos hicieron subir a bordo insultando, diciendo groserías... Cargaron también el gomón y nos acompañaron al puerto de Palese. Tardamos más de una hora con ese pesquero. Solos, remando, no lo hubiéramos logrado. Cuando nos hicieron bajar le dije a Toni que les preguntáramos cómo podíamos agradecerles. «No queremos nada —respondieron— pero vayan a la capitanía del puerto y cuenten lo que pasó. Digan que nosotros los trajimos hasta la orilla». Toni no quería ir a la capitanía. Decía que no era importante. Decía eso porque sabía que se había mandado una macana. Él era mayor y me había puesto en peligro. Llegamos al taller y su hermano le preguntó el motivo de la demora. Al principio trató de cambiar de tema pero, de a poco, surgió la historia que provocó la demora. El hermano, rojo de rabia, le dijo a Toni: «¡Sos un idiota! Pudieron morir».

«¿Morir?». ¡Pero no...! Morir no es algo en lo que piensen dos chicos. Sin embargo, era verdad. Incluso si el miedo de no salvarnos apenas había asomado, la sensación de ser pequeño e impotente me quedó durante un buen tiempo. Se escondió en la memoria.

## **SALVADOR DE MIRADAS**

Ahora que he visto de frente el miedo verdadero, el de los náufragos que salvé y el de quienes no lo lograron, el mar, para mí, ya no es el de antes. Al mar lo veo como un cementerio. No consigo ya navegar. Y no consigo ya nadar. Ya no siento la exigencia de meterme al agua. Es como sumergirme en los recuerdos. Ahora soy un salvador de náufragos. De seres humanos. No de números. Soy un salvador de miradas que no se olvidan. Es por ellos que cuento esta historia, que es mi historia, pero también la de ellos. La historia de quienes no lo lograron y de quienes lo lograron porque subieron a bordo del pequeño pesquero que yo había comprado y restaurado para dar vueltas a la isla con mi nieto o para ir a pescar con amigos.

Sin embargo ellos, mis náufragos, a diferencia de mí y de Toni, habían pensado en la posibilidad de morir en el mar. Lo habían tenido en cuenta al embarcarse. Muchos de ellos no habían visto nunca el mar. No sabían nada, no conseguían permanecer a flote. Ellos, los migrantes que cada día atraviesan el Mediterráneo, que suben a gomones, viejos pesqueros y embarcaciones maltrechas, saben cuánto arriesgan. Saben que podrían no alcanzar ese futuro mejor en el que creen y que creen poder ofrecer a sus hijos y a sus familias. Pero se embarcan igual, porque de otro modo morirían. Sin tener siquiera la más mínima idea de dónde los conduciría el viento, las olas y esa embarcación improvisada a la que se suben juntas centenas de personas como ellos. Animados por la misma esperanza de mi padre y de tantos bisabuelos italianos que, junto a sus mujeres y a sus hijos, cincuenta o cien años atrás, tomaron trenes y buques para alcanzar el norte de Europa o la América que soñaban.

## **VUCIARE**

Era una noche de finales de la estación, una como tantas otras. Perfecta para salir al mar, como hacíamos habitualmente desde hacía años, mis siete amigos de Lampedusa y yo: Carmine, Linda, Sharani, Grazia, Rosaria, Marcello y Alessandro. Trabajábamos todo el día y, cuando terminábamos nuestras actividades comerciales, nos encontrábamos en el muelle, nos subíamos al Gamar e íbamos hacia la Bahía de la Tabaccara, una cala maravillosa. Tirábamos el ancla, comíamos algo, nos bañábamos y después volvíamos a casa en medio de la noche y del silencio. Eran momentos estupendos, de serenidad y gran amistad.

Esa noche, la del 3 de octubre de 2013, los ocho del Gamar habíamos decidido encontrarnos para pasar un rato juntos. El mar parecía una mesa. Estaba plano. Calmadísimo. Hacia mitad de la tarde, sin embargo, me llamó uno de ellos por teléfono: «Disculpá Vito, tengo un compromiso, no puedo ir esta noche». Qué pena, pensé. Nada de mar. O se sale en conjunto o no se sale: este era el pacto. Pero el destino nos esperaba. Debíamos salir, incluso si todavía no lo sabíamos.

Fue así como, a medianoche, sonó mi teléfono. «Vito, estamos aquí en el puerto. Estamos todos. Listos para salir. Te esperamos». Y esa noche, como tantas otras, soltamos las amarras en dirección a la Tabaccara pensando en vivir las mismas emociones y los momentos maravillosos de siempre. Era una noche sin luna pero con muchísimas estrellas que brillaban sobre el mar. En el horizonte, en cierto momento, cerca de las dos y media, vi una luz azul. Pensamos que era la luz de un vehículo militar. Era un período en el que muchísimas embarcaciones de migrantes trataban de llegar a Italia a través de Lampedusa. Por eso los vehículos militares patrullaban continuamente el mar. La luz azul a lo lejos luego desapareció. Nos detuvimos, lanzamos el ancla y seguimos conversando. Algunos se metieron en el agua. Lo pasábamos realmente bien. Tan bien que, alrededor de las tres y cuarto, cuando ya era hora de volver a casa,

alguien —no recuerdo bien— propuso quedarse a dormir allí. En cuatro años nunca había ocurrido eso, nunca nos habíamos quedado a dormir una noche en el mar. Esa noche nos quedamos. Quiso el destino que lo hiciéramos.

«Buenas noches», «buenas noches a todos», nos decíamos uno al otro. «Mañana nos despertamos a las seis y media, hacemos una vueltita de pesca y después regresamos». Tales eran nuestros planes. Porque en octubre, en Lampedusa, se pesca mucho atuncito.

«Buenas noches...».

Dormíamos casi todos cuando en un momento escuché el ruido del motor del Gamar. Estaba debajo de la cubierta. Abrí los ojos. Fui hasta la cabina de mando y vi a Alessandro. Era él quien había puesto en marcha la embarcación. Luego la apagó. ¿Por qué? ¿Qué estaba ocurriendo? No entendía. «*Zittete*, Vito, *zittete*», dijo.<sup>2</sup> «Escucho *vuciare*, ¿no escuchás *vuciare*?». *Vuciare* en siciliano significa gritar, gritar de dolor. Miré alrededor pero solamente veía el mar y no escuchaba absolutamente nada. En el cielo había ese ligero resplandor que no llega a ser luz, propio de cuando está por amanecer. «Serán gaviotas», dije. El graznido de las gaviotas es un sonido agudo, largo, parece de dolor. «No, Vito», insistió Alessandro, serio, preocupado, «escucho *vuciare*».

Esperamos algunos segundos con las orejas erguidas al viento. Aquella noche el viento soplabla en nuestra dirección, del mar hacia la tierra. Y fue el mismo viento el que llevó hasta el Gamar aquel sonido, aquel *vuciare* de hombres y mujeres, no de gaviotas.

«Movete, Alessandro. Dale, vamos. Vamos a ver», dije. Lo hice andar dirigiéndose al mar, hacia las voces que decía escuchar cada vez con más claridad. Yo miraba las gaviotas, tenía dudas, Alessandro no. Lo que escuchaba eran gritos de ayuda. Así, al cabo de ochocientos metros de navegación, los vi. Alessandro tenía razón. Estaban allí. Delante de mis ojos.

2. La forma dialectal *zittete* significa «callate» o «quedate callado» [N. de S. N.].

Fue un espectáculo terrorífico. Yo estaba en la proa del barco. Había al menos doscientas personas frente a nosotros con los brazos en alto que pegaban alaridos, gritaban por ayuda porque con el primer resplandor del alba habían visto al Gamar a lo lejos. Y cadáveres. Cadáveres que flotaban y cadáveres que se hundían. Gente aferrada a los cadáveres porque no sabían nadar o porque no querían perder ese cuerpo porque podía ser el de un ser querido, el de un amigo. Le dije a Alessandro que detuviera la embarcación. Que avisara inmediatamente a la capitanía del puerto. Que diera la alarma. Que dijera que estábamos a unos ochocientos metros del puerto y que comunicara nuestras coordenadas. Que explicara lo que estaba ocurriendo. Y lo hizo. Le hicieron preguntas. Le preguntaron si había embarcaciones, si se trataba de un naufragio. «No», respondió. No había embarcaciones, no había nada, ningún naufragio. Solamente estaban ellos. Hombres y mujeres en el mar. Le respondieron que permaneciera en la zona, que ellos llegarían enseguida. Cuando terminó la llamada comenzó el miedo.

Yo al principio tenía miedo. El miedo es importante en la vida. Quien no tiene miedo vive en la inconsciencia. Sin embargo, si solamente se tiene miedo, si uno se detiene en el miedo, el miedo lo bloquea. No se toman decisiones. No se va a ninguna parte. Tenía miedo pero no conseguía quedarme quieto. La capitanía no llegaba. Debía hacer algo. Y entonces el miedo se transformó en coraje y el instinto de salvar a aquellas personas tomó la delantera. Fue incontenible. Le dije a Alessandro: «¡Ayudémoslos!». Era un riesgo. Un riesgo que quien sale en barco conoce bien. Temíamos que si todos aquellos brazos entretreídos se aferraran a la borda para intentar subir, el barco se daría vuelta. En un instante quedaría invertido. Pero el nuestro era un temor inútil. Ellos no se acercaban. No nadaban. Estaban detenidos, exhaustos. Moribundos. Solamente les quedaba la voz, solamente la voz para gritar por ayuda.<sup>3</sup>

3. El término empleado es *hagéz*, «ayuda» en eritreo tigríña [N. de S. N.].

El miedo había desaparecido, no era ya momento de experimentar emociones, debíamos actuar.

El Gamar está autorizado a llevar nueve personas, nosotros éramos ocho. ¿Quién me habría condenado, pensé, si hubiera subido a bordo a cuatro o cinco personas para salvarlas? Entonces le dije a Alessandro que nos acercáramos a los primeros. Fui a la popa, a la parte trasera del barco, y me arrodillé a ras del agua. Lancé el salvavidas, ese duro, naranja, a casi un metro de uno de ellos para que no lo golpeará ni le hiciera daño. Pero no se movió. No llegaba siquiera a dar una brazada para alcanzarlo. Estaba bloqueado. Aterrorizado. Entonces recuperé el salvavidas y se lo lancé de nuevo, prácticamente al lado. Él lo agarró y lo arrastré hasta el Gamar. No fue fácil subirlo a bordo: se me resbalaba de las manos. Estaba desnudo y resbalaba, como casi todos los otros que logramos subir. Algunos tenían todavía la remera, otros los pantalones que les llegaban a los tobillos, pero sus cuerpos resbalaban. Estaban todos sucios de combustible. Completamente cubiertos de combustible. Todavía no sabíamos por qué y buscábamos subirlos de todos modos. Y ellos... solamente puedo imaginar cómo se sentían. Después del naufragio. Después de los gritos. Después de tantas horas en el mar. La sensación de sentirse a salvo. Sus ojos estaban muy abiertos, parecían bolas de fuego.

En un momento levanté a un muchacho. Yo no hablo inglés, solamente sé alguna palabra y me avergüenzo de eso. Muchísimo. Porque entonces no entendí qué decían e incluso ahora, más de diez años después, no logro hablar con las personas que salvé si no es mediante un intérprete. Pero en el Gamar estaba Linda, que habla inglés muy bien. «Preguntale cuántos son», le dije. «Quinientos», respondió ese chico. ¿Quinientos? Nos miramos a los ojos, sorprendidos, porque en el mar no había quinientas personas. No había más. Entonces comprendimos la dimensión de la tragedia.

Después llegó nadando un muchacho, solo. Subió al barco y nos contó lo que había ocurrido.

## EL NAUFRAGIO

Hacía más de tres horas que estaban en el mar y la mayoría de ellos ya no estaba más. La tragedia había comenzado alrededor de las tres y media. Ellos no sabían que estaban cerca de Lampedusa, no tenían idea de cuál era su destino. Quienes huyen se embarcan sin saber si irán a Lampedusa, a Malta o a Sicilia, les basta un puerto, cualquier puerto de la otra parte del Mediterráneo, de ese mar que divide el África de la que escapan de la Europa en la que esperan aterrizar.

Estaban en medio del mar, en plena noche, cuando el contrabandista, quien conducía la embarcación, había apagado el motor. Se había puesto a hablar por teléfono con los que habían organizado el «viaje» y que se habían quedado en tierra, en Libia. Los delincuentes. Los criminales despiadados que se enriquecen a costa de aquella pobre gente, los que manejan el tráfico de seres humanos y ganan millones. Piden más o menos 1500 dólares a cada migrante, según la ubicación que les corresponde en el barco: en cubierta (en el exterior), bajo cubierta (dentro) o en la sentina (la parte más baja), cerca del compartimento del motor, donde casi no se puede respirar, donde habitualmente se almacena el pescado apenas se lo obtiene.

Pero quien no tiene elección paga. Y quienes pagan son decenas de miles cada año. Decenas de miles. «Llegamos», había dicho el contrabandista. Llegamos... al medio de la nada. Después había tirado el teléfono satelital al mar, como hacen siempre para evitar que, en caso de arresto, la policía pueda rastrear a los otros implicados.

Al cabo del llamado, la embarcación volvió a partir e hizo un centenar de metros antes de que el motor se apagara definitivamente. Todos permanecieron quietos, a merced de las olas. Por allí cerca pasaban barcos, pero nadie los veía porque la embarcación en la que estaban no tenía luces. Y nadie de a bordo tenía un teléfono porque los organizadores del «viaje» se los habían secuestrado en la salida y los habían echado al mar. No tenían absolutamente nada para comunicarse con nadie.

Luego de casi una hora de estar allí detenidos vieron dos embarcaciones; una los iluminó con un faro blanco. Estamos

salvados, debieron pensar, nos vienen a buscar. Pero no fue así... La embarcación dio una vuelta alrededor de ellos y se fue. Cambió de ruta. Y así sobre el mar volvieron el silencio y la oscuridad. Después de otra hora interminable, como el contrabandista había advertido que en el compartimento del motor entraba agua y que pronto se hundirían, tomó una remera empapada de combustible, la encendió y comenzó a hacerla girar en el aire para llamar la atención con la esperanza de que, incluso desde lejos, alguien la viera. Luego un pedazo de esta remera cayó en el compartimento del motor. Y estalló un incendio. Mujeres, hombres y chicos que estaban estibados allí dentro en pocos minutos se transformaron en antorchas humanas mientras los otros, tratando de ponerse a salvo, se desplazaron hacia el lado opuesto del barco. Todos juntos. Y fue así como sucedió lo inevitable: la embarcación se dio vuelta.

A bordo había quinientas cuarenta personas, trescientas entre la cubierta y el techo de la cabina de mando, ciento cincuenta bajo la cubierta y las otras... las otras personas estaban en la parte más baja e interna de la embarcación, allí donde habitualmente se almacena el pescado. Debajo. Estibadas como peces apenas pescados en la panza del barco, donde no hay aire.

Ese muchacho nos contó que solamente se escuchaban gritos. Gritos de personas que llamaban a los amigos, a los hijos, a un padre o una madre. Personas que se buscaban desesperadamente. Pero estaba oscuro y el agua del mar era negra y fría. ¿Cómo se logra encontrar a alguien en esas condiciones? A la persona a quien se quiere. A quien se ama. No veían nada. No se encontraban. Cada uno estaba solo.

Pero de cualquier modo lograron pasarse el mensaje de desnudarse, de quitarse todas las prendas. Porque el agua empapa la vestimenta y la vuelve más pesada y entonces es difícil flotar. Y porque al aferrarse a la ropa de los otros, el que se está ahogando, desesperado, podría arrastrarlos consigo. La mayoría de ellos no sabía nadar, la mayoría ni siquiera había visto el mar en su vida, hasta aquella primera vez en que habían subido a bordo de aquella embarcación que finalmente se había ido a pique.

Se habían quitado toda la ropa, habían intentado resistir, permanecer a flote. Pero no llegaba nadie. Aunque alguien de allí seguramente los había visto. Se hundían en la indiferencia. En la indiferencia de quienes cambian de ruta, de quienes saben que en el mar hay personas que necesitan ser salvadas pero no se detienen. No las salvan. Así, a causa de aquella espera que a los náufragos les pareció infinita, trescientas sesenta y ocho personas no vieron la luz del amanecer.

## **SALVATAJE**

Los primeros en llegar fuimos nosotros. Esa noche no había luna, había estrellas. Pero las estrellas no iluminan el mar. Era como encontrarse en la oscuridad más absoluta. Se escuchaban brazadas, se escuchaban gritos. Gente que gritaba por ayuda, gente que se hundía. Gente que perdía la vida. No lograban moverse, estaban extenuados. Y entonces yo trataba de traerlos a bordo de algún modo y se me resbalaban de las manos porque estaban llenos de combustible. Me incliné. Y a la fuerza, con empeño, aferrando una de sus piernas o de sus brazos, comencé a subirlos. Si creés que tu vida vale tanto como la de los otros no podés no prestarles ayuda. Me olvidé enseguida de los cuatro o cinco que quería salvar. ¿Cómo podía detenerme? Veía frente a mí a aquellas personas que jadeaban o que se apoyaban en los cadáveres de otros. Eran tantos... Eran demasiados.

Tuve que elegir. No hubiera logrado salvarlos a todos. Sentía una terrible sensación de impotencia sabiendo que no lograría salvarlos a todos. En un momento me encontré con tres muchachos cerca del Gamar y dos mujeres un poco más lejos. Hubiera debido salvarlas. Pero los muchachos estaban más cerca... y tras salvarlos no vi más a esas dos mujeres. Desaparecieron en el agua, sin un grito, sin un gemido, sin nada. En el silencio. Tengo todavía en los oídos ese silencio. Tengo todavía en los ojos sus ojos. Eran dos mujeres, dos de las tantas que no consiguieron salvarse. Que se habían embarcado para ofrecer a sus hijos un futuro mejor, el que mi madre había deseado para mí. En los días posteriores a la tragedia, cuando los

buzos descendían hasta el fondo del mar para recuperar los cuerpos, encontraron a una madre prendida al bebé que acababa de parir.

En cierto punto el Gamar no podía embarcar más gente. Estaba colmado. Demasiado. Nos arriesgábamos a hundirnos. Habíamos salvado a cuarenta y siete personas. Cuarenta y siete más nosotros ocho: éramos cincuenta y cinco a bordo. No podíamos hacer más, no podíamos salvar a ningún otro, si no nos hundiríamos y todo hubiera sido inútil. Había pasado casi una hora desde que habíamos avisado a la capitanía del puerto. Un tiempo infinito.

## **PROTOCOLOS**

Cuando llegaron los socorristas nos pasaron por el costado con una embarcación en la que hubieran podido subir quinientas personas. Les pedimos transbordar a quienes habíamos salvado para poder salvar a otros. Nos dijeron que no podían, que el protocolo no lo preveía, que sus reglas no permitían transbordar personas de un barco a otro. Nos dijeron que fuéramos a la orilla. Que regresáramos al puerto. Y así lo hicimos. Éramos cincuenta y cinco.

Cuando vuelvo a pensar en eso, cuando pienso en la palabra «protocolo», me agarra una rabia... La vida y la muerte de las personas no deberían sujetarse a protocolos sino solamente al instinto, el mismo que había sentido yo, el que habíamos sentido todos los del Gamar. Un instinto que no conoce reglas, que va más allá de todo. No quedaban tantas personas en el mar. Hubiéramos podido salvar a otras, pero el Gamar estaba lleno, hubiéramos puesto en peligro la vida de todos. De modo que volvimos al puerto como nos habían dicho que hiciéramos y atracamos en el muelle Favarolo. El muelle donde desembarcan los migrantes que lo logran, los que sobreviven al infierno en sus países, al infierno de los interminables viajes en el desierto, a las torturas en los campos de concentración libios, a los naufragios en el mar. Los que lo logran. Había de todo sobre aquel muelle: había médicos, militares y enfermeros. Estábamos nosotros, los ocho del Gamar, y estaban ellos, las cuarenta y siete personas que habíamos salvado. Cuarenta y

seis hombres y una sola mujer. Extenuados, pero salvos. Los dejamos ahí, estaban cuidados y al calor. Luego, con el Gamar anclado en la banquina y un torbellino de emociones, nos saludamos y sin decir otra palabra volvimos a casa. Cada uno a su casa. En silencio. Estábamos mortificados por lo que había ocurrido. Estábamos destruidos.

## **APENAS NÚMEROS**

Al cabo de algunos días los del Gamar fuimos invitados a participar en el funeral de las primeras ciento diecinueve personas recuperadas en el mar. Fuimos. Entramos en el hangar del aeropuerto y nos encontramos frente a ciento quince féretros marrones. Y cuatro cajoncitos blancos.

Fue allí, en ese momento terrible, cuando vimos de nuevo a nuestros salvados. Los reconocimos de lejos. Y ellos nos reconocieron. Y al terminar el funeral nos abrazamos y lloramos juntos con un llanto de alegría y de desesperación. Alegría por ellos, que estaban ahí, vivos. Desesperación por quienes no lo habían conseguido. Por quienes no habíamos alcanzado a salvar.

La mayoría venía de Eritrea, escapaba del hambre, de la sequía que no daba tregua, de la tierra que no daba frutos, del ejército que los obligaba a combatir. Habían decidido partir y atravesar África, superar confines, atravesar desiertos, embarcarse pagando un precio altísimo. Habían viajado, algunos durante varios años, en medio del desierto; habían visto morir a familiares y amigos; habían soportado torturas y violencias de todo tipo y, finalmente, habían muerto en el mar.

No había palabras que no parecieran vacías.

Y no había nombres sobre los féretros.

Nada.

Solamente esas historias interrumpidas.

Esas vidas destrozadas.

Y números. Apenas números.

Dejé una flor sobre el féretro número 63.

Los días que siguieron a la tragedia los buzos buscaron a las personas dispersas y las llevaron a la orilla, una tras otra. Después, uno tras otro, trescientos sesenta y ocho féretros fueron sepultados en los cementerios sicilianos sin nombre. Apenas un número. Habían muerto trescientas sesenta y ocho personas. No se puede morir así: como números, en medio de la indiferencia general. No pude quedarme en paz.



Inscripción en el cementerio de Lampedusa: «Este mar que nos envuelve en el presente no está hecho solo de olas. También de hierro y acero, es una frontera que mata, convertida en tal por las leyes de los hombres. Es un mar de alambre espinoso en el que las plumas de la libertad quedan atrapadas para siempre, perdiendo el aliento y la memoria. Este símbolo que encontrarán en las tumbas representa a quienes, en estos años, han encontrado su morada eterna en esta tierra al cruzar la frontera de la injusticia». FOTO: SUSANNA NANNI

## PADRE

Después del funeral, si así se puede llamar la ceremonia celebrada en un hangar, con ciento diecinueve féretros sin nombre, los del Gamar y nuestros salvados comenzamos a vernos. Ellos estaban en el *hotspot*, un campo de acogida que se encontraba fuera del centro y estaba colmado de personas. Los muchachos salían de la cerca que rodeaba el campo a través de un agujero en el alambrado y venían a encontrarse con nosotros. Tratábamos de darles una mano comprándoles celulares y cosas que necesitaran. Empezamos a vivir en simbiosis.

Una de esas noches que pasábamos juntos, Ambasanger, un muchacho eritreo, uno de mis salvados, al hablar por teléfono con un amigo dijo una palabra en inglés: «Te paso con *my father*»... Una palabra que me cambió la vida. La primera palabra inglesa cuyo significado he comprendido realmente: *father*. Y me pasó el teléfono para que saludara a aquella persona que no conocía y quién sabe dónde se encontraba, lejísimos de Lampedusa, para que aquella persona escuchara mi voz, la voz de un padre. Y entonces entendí que éramos algo importante, una nueva familia.

Cuando me mudé a Lampedusa tenía 51 años. Llevaba varios años separado y mis hijos ya eran grandes. No recuerdo haber recibido nunca un beso de mi padre. Ni siquiera de mi madre. Eso me colocó en la posición de no haber sido capaz, como padre, de dar un beso o una caricia a mis hijos. Aquí me reúno con mis salvados. Cada vez que nos encontramos nos besamos y nos abrazamos. Con ellos aprendí muchas cosas. Sobre la parte humana, la parte que cada uno lleva dentro. Un abrazo es la transmisión del alma. Con ellos se ha creado ya una relación fortísima, con la convicción de ser de algún modo el padre de estos muchachos.

Ahora sé que tengo cuarenta y seis hijos y una hija, con nombre y apellido. Todos vivos.

## TESTIGO

Cuando comprendí que había sido padre de nuevo comencé una nueva vida. Una vida de contactos, de cuidados recíprocos, de mensajes que aquellos muchachos, aquellos hijos grandes que había tenido en una sola noche, me escribían y todavía me escriben. Mensajes de amor, de gratitud, de amistad.

Había vuelto a trabajar en la heladería tras el naufragio, pero ya no era el mismo. No lograba meterme en el mar. No lograba volver. Cuando lo intentaba me mareaba como una brújula enloquecida. Cada ola me parecía una persona que debía ser salvada. Ir al mar se había convertido en un sufrimiento, no era ya un placer, y sigue siendo así. Por eso en 2017 vendí el Gamar y todavía hoy, incluso viviendo en Lampedusa rodeado de agua, no miro más el mar del mismo modo. Incluso al cabo de más de diez años, aunque hoy logro contar lo que sucedió aquella noche.

Mi misión es contar. En escuelas, en teatros, en Italia, en el exterior. Contar, hacer memoria.

Al principio no lo conseguía. Durante cinco años. Era demasiado grande el dolor. Demasiado fuerte. Se me llenaban los ojos de lágrimas. Se me cerraba la garganta. Después comprendí que el silencio no calmaba el dolor ni borraba el recuerdo de aquella noche, que dentro de mí estaba siempre vivo pero fuera de mí no. Fuera de mí lo veía desteñirse. Veía olvido. Y veía a aquellas personas con los brazos alzados transformarse en números, día tras día, y la tragedia repetirse, una tras otra, en la indiferencia. No quería que esos momentos, esos naufragos, mis naufragos, fueran olvidados. No quería que murieran dos veces.

Entonces decidí contar. Me conmuevo siempre cada vez que cuento. Pero me da coraje. Me dispuse a denunciar la indiferencia para evitar que nos siga afectando. Porque la indiferencia está por todas partes. Incluso en los pequeños gestos, incluso en los lugares cotidianos. Es indiferente quien da la espalda, quien ve y no habla. Es necesario hablar. Es necesario tener el coraje de decir la verdad,

aunque se corran riesgos como yo he corrido cuando denuncié la demora de los socorristas esa noche, cuando denuncié la indiferencia de quien, durante horas, sabía muy bien que había en el mar una embarcación cargada de personas y no la socorrió. Conté la verdad.

Solamente así, diciendo la verdad, se construye la memoria.

En 2018 la asociación Gariwo me nombró «Justo entre las Naciones» por lo que había hecho en Lampedusa y por mi obra de testimonio en las escuelas, entre los jóvenes, allí donde me llamaran. «Justo», para Gariwo, es quien salva una vida poniendo en riesgo la propia. «Justo» es quien recibe, atestigua y manifiesta la propia humanidad socorriendo a otro ser humano. Un «justo» no es un santo, no es un héroe, sino una persona común que en cierto momento de la vida toma una decisión: salvar o abandonar, hablar o callar, actuar o permanecer indiferente. Me alegró ese reconocimiento, aunque al principio no entendía qué importante era, y acepté el título con placer.

## **NOMBRES**

Hubo otras ocasiones en que las autoridades me habían propuesto participar en ceremonias conmemorativas en calidad de testigo, como si fuera un héroe. Pero yo no iba a gusto, o no participaba, porque no entendía cuál era el significado de una ceremonia con políticos, jueces y fuerzas del orden, sin que asistieran los sobrevivientes, los parientes, los amigos de aquellos muertos a quienes se quería celebrar. No aceptaba que los 368 árboles del Jardín de la Memoria de Lampedusa hubieran sido plantados con un número al lado para recordar a las personas sin nombre.

No quería medallas ni reconocimientos.

Quería dar un nombre y un apellido a las personas a las que había visto morir.

Quería que sus familias supieran dónde habían terminado.

Quería que hubiera una lápida para recordarlos, no un número.

Pero para esas personas no había ni cruces ni nombres. Y yo no hallaba paz.

Fue así como, en abril de 2018, fui a encontrarme con mis muchachos en Estocolmo. Muchos viven allí, en Suecia. Están bien. Fueron recibidos, encontraron un trabajo, formaron familias. Aquí en Italia quedó solamente un muchacho, Tadese, que tras el naufragio estuvo internado. En el hospital le tomaron las huellas digitales y por eso debió presentar en Italia su pedido de asilo, de ayuda. Todos los otros se fueron a vivir al extranjero: a Estocolmo o a otras ciudades suecas, noruegas, alemanas y holandesas. Tengo hijos en toda Europa. Cuarenta y siete hijos.

Fui a Estocolmo y les dije a los muchachos que tenía un sueño. Soy un soñador y cuando hablo con los chicos de las escuelas siempre les digo que ellos también deben serlo, siempre vale la pena tratar de realizar los propios sueños. En Estocolmo les expliqué a los muchachos que quería crear un memorial, que quería restituir los nombres de quienes no lo habían logrado. Que quería dar a sus familias y a sus amigos un sitio para recordarlos, para llevarles una flor, para rezar, para hacer memoria. Los muchachos estaban felices porque también ellos, cuando venían a Lampedusa a visitarme y a ver a sus seres queridos, que habían muerto allí, no sabían dónde rezar y entonces se paraban frente al mar y arrojaban una flor.

Mi sueño se convirtió en nuestro sueño y juntos logramos realizarlo. Les pedí que buscaran los nombres de todos los que estaban sobre la embarcación, que preguntaran a amigos y parientes. Entonces pusieron manos a la obra, usaron una red, la red que usan los migrantes y exiliados eritreos para intercambiar informaciones, enviar mensajes a las familias, mandar o recibir dinero y documentos. Hicieron un trabajo increíble. Encontraron todos los nombres excepto dos. Trescientos sesenta y seis nombres.

Yo pensaba en el monumento. La idea se me presentó una mañana mientras salía en auto desde Milán. Pensé en el mar, en la madera y el metal del que están hechos los barcos. Pensé en un remolino. Pensé en los brazos que me pedían ayuda. Detuve el auto y lo dibujé. Le pedí a Gaia, una amiga arquitecta, que hiciera un boceto con la computadora. Me lo mandó al día siguiente. Era tal como me lo

había imaginado. Solamente debía encontrar el modo de realizarlo. Temía que si llegaba a Lampedusa apenas con ese boceto no me dieran la autorización para construir el monumento. Y además tenía que conseguir el financiamiento: hacía falta unos quince mil euros. No me desanimé. Me dirigí a la Comunidad de San Egidio, la asociación católica que había ayudado a Tadese a pedir asilo en Italia. Ellos me entendieron, entendieron mi proyecto. Les dije que escribiría también una carta al Papa Francisco, que había venido a Lampedusa y sabía lo que había ocurrido el 3 de octubre. Y había quedado profundamente conmovido.

Luego regresé a Milán, pensé en hablar del memorial con Gabriele Nissim, el presidente de Gariwo. Extendí el boceto sobre la gran mesa de la sala de reuniones en la que me recibió. Se entusiasmó. Comprendió enseguida que mi objetivo era restituirles dignidad a las personas dispersas en los cementerios sicilianos. Dijo que me ayudaría. Que escribiría una carta de apoyo para presentar ante el síndico y las autoridades de Lampedusa para conseguir el permiso de realizarlo y, antes de que iniciara la colecta de fondos, Gabriele me dijo que él, en calidad de presidente de la asociación, financiaría el memorial. Salí de aquella reunión lleno de esperanza. Estaba eufórico.

Cuando volví a Lampedusa le mostré a quien era entonces el síndico el proyecto y la carta del presidente de Gariwo y obtuve el permiso para instalar el memorial en la plaza Piave, casi en medio del pueblo. Pronto comenzaron los trabajos para arreglar la plaza. Inmediatamente, puse manos a la obra. Decidí usar los restos de la embarcación hundida, que algunos amigos buzos recuperaron del fondo del mar. Pedazos de madera que se yerguen hacia lo alto para recordar los brazos tendidos de quienes me pedían ayuda. Después hice escribir los trescientos sesenta y seis nombres de los naufragos sobre un remolino de metal, como el remolino del mar que los tragó. Al lado del memorial se plantaría un olivo dedicado a Gabriele Nissim, el hombre que había realizado nuestro sueño, mío y de mis hijos migrantes.

El memorial se inauguró el 3 de octubre de 2019 a las tres y media de la madrugada, la hora en que seis años antes había ocurrido el

naufragio. Existía el riesgo de que, a esa hora de la noche, no viniera nadie. Pero al contrario. Estábamos los del Gamar, estaban los sobrevivientes y sus familias, estaba Gabriele, estaban las autoridades, había tantas personas, estaba toda la comunidad lampedusana. Cuando se retiró el cobertor todos vieron los nombres y leyeron el mensaje que yo había escrito para conmemorarlos.

El memorial se llama «Nueva Esperanza», como se llamaba el Gamar antes de que lo rebautizara. El alma del barco, dicen los marineros, sigue siendo siempre la misma, incluso cuando cambia de propietario. Por eso no se le cambia el nombre. El viejo nombre de mi viejo barco, esa noche, resucitó y asumió un nuevo significado.

Este es el mensaje que escribí sobre la placa al lado del memorial:

*Ho voluto dare un nome a questi esseri umani,  
donne, uomini e bambini, che dopo la loro morte  
sono stati sepolti in vari cimiteri siciliani e identificati  
solo con un numero.*

*L'INDIFFERENZA di quella notte ha fatto sì  
che l'alba per 368 di loro non arrivasse mai.*

[He querido dar un nombre a estos seres humanos,  
mujeres, hombres y niños que tras su muerte  
fueron sepultados en varios cementerios sicilianos e identificados  
apenas con un número.

La INDIFERENCIA de aquella noche provocó  
que el amanecer para 368 de ellos no llegara nunca].

Estos son sus nombres:

Abdelkadr Raka Gimie, Abdelrihim, Abdelrihm Ibrahim, Abdu Yasin,  
Abeba Abreha Beyene, Abrehaley Goiteom Gebremeskel, Abrehaley  
Habte Hadgu, Abrehaley Mihreteab, Abreham, Abreham Melake,  
Abreham Melake Fsehaye, Abreham Mosazgi Tesfagergsh, Abreham  
Nguse, Abreham Sahle, Abreham Selemón Mesfn, Abreham Tekleab,

Abubeker Ali, Adhanom Tsegezeab Aileslasie, Afewerki Abreha, Ahmed  
 Suleman Guango, Alazar Tekleab Embaye, Alem Teame Misgna,  
 Alexander Gebremariam Hadish, Alexander Habtom, Almaz, Aman  
 Asgede, Aman Hagos, Aman Kiflemariam, Aman Maekele, Aman Tesfay,  
 Aman Tinsaie, Amanuel Habteslasie, Amanuel Weldemikael, Amanuel  
 Yhisho Teka, Amleset Brhane Weldemariam, Aradom Araya Brhane,  
 Araya Mehari, Asmeret Gebreweld, Awelkier Ferej, Awet Abebe, Awet  
 Brhanemeskel Gebrealfa, Awet Mikael Mehari, Awet Tesegay, Awet  
 Tesfahans, Azieb Alem Menameno, Bahlbi Tesfamariam Mebrahtom,  
 Barkie Yemane, Beletsom Kidane, Bereket Brhane Tirfe, Bereket Fsehaye,  
 Bereket Kidane, Bereket Rezene, Bereket Tafee, Bereket Tewelde Tekle,  
 Berihwi Grmay Gebremedhin, Berihu Ablel, Berihu Mehamed, Biemnet  
 Araya, Biniam Mulue Hagos, Binyam Andebrhan Tekeste, Binyam  
 Embaye Alemayo, Binyam Gezai, Bliyen Mehari, Brhane (Wedi Areza),  
 Brhane Selemo, Brhane Tekile, Bsrat Teklay Emun, Dahlak Mogos,  
 Danayt Mehari, Daniel Abreha, Daniel Tesfay, Daniel Weldemikael,  
 Dawit, Dawit, Dawit Gebrebrhan Tsegay, Dawit Gebrehiwet, Debesay  
 Mihreteab, Dehab Beyene Kebedom, Delina Mehari (Gual Helen),  
 Dermas Debesay, Desbele Brhane, Desle Zerisenay Gebre, Diana  
 Mulugeta, Dina Fnot Kidane, Dirar Gaym Gebremedhin, Ebrahim  
 Ali, Ebrahim Alishum, Eden Andom Kbrom, Eden Solomon, Efrim  
 Haileslasie, Efrim Kibrom Tewelde, Elsa Tadesse Tesfay, Elsa Zeragabr,  
 Ermias Hayle, Esrom Mehari (Wedi Helen), Estifanos Desbele Teumay,  
 Estifanos Yeznaw, Eyob (Wedi Yrgealem), Eyob Gebre Weldemikael,  
 Eyob Zerai Goyteom, Fanus, Filmon Estifanos, Filmon Gilay, Filmon  
 Tekeste Fsehatsion, Filmon Yeebyo, Fnan Kahsu Mekonen, Freweyni  
 Araya, Freweyni Kehase Gebremedhin, Frewyni Tsegay Habtemikael,  
 Fseha Abreham Gebru, Fthawi Abebe, Ftsum Amlesom Bayru, Ftsum  
 Mesmer, Ftsum Tekeste Habtemikael, Fyori Ftwi, Gdey Mengsteab,  
 Gebreegziabihier Beyene Anbesa, Gebretinsaie Mengsteab Debas,  
 Gebru Fsehaye Sahle, Gemia Ebrahim, Genet Hailemikael Semere,  
 Genet Tewelde, Gezai Embaye Amine, Ghirmay Syum, Gimie, Goyteom,  
 Goyteom Gebrehiwet, Goyteon Kebede Abreha, Grmawit Tesfay, Grmay  
 Gebray Embaye, Haben Gonetse Deboch, Haben Tesfu Zewde, Habtegzgi

Tsegay Yemane, Habtom Grmay Hbteslsie, Habtom Teklay, Habtom Tekle Gebrehiwet, Habtom Zekarias, Hagerawit Shishay, Hagos Embaye, Hagos Kidane (Memhr), Hani Mehamed, Hani Mehamed, Hariena Maekele, Hayelom Mulgeta Beraki, Hayle Yosief Tewelde, Helen Gilay, Helen Kebede, Henok Endrias, Henri Mulgeta, Hermon Hagos Negasi, Hermon Tewelde Selemon, Hiet Bekit, Hiwet Hagos, Hiwet Kflay, Hriyti Mealo Gebregergish, Hruy Aklilu Araya, Hruy Weldegebriel, Hyelom Semere, Iseyas Afewerki, Iseyas Biedu Siele, Iseyas Kidane, Jemal, Jemal Salih, Kahsay Habte, Kalid Abdusemed, Kflom, Kibret Mamo, Kibrom Ftsum Kibreab, Kibrom Gebreyesus, Kibrom Teweldemedhn, Kibrom Tiumzgi, Kidane Tareke Tekle, Kidane Tesfay Andemikael, Kifleyesus Ghirmay Tekle, Kiflom Debesay Tesfay, Kiros Selemon Mirach, Kiros Ykealo, Kisanet Tesfamariam, Lamiek Gabsha, Lemlem Araya Kidane, Leteamlak Damr, Lidia Amanuel, Lula Tesfay, Luul Gebregziabihier Mehari, Luwam Mebrahtu Gebrehiwet, Measho Berhe, Mebrahtom, Medhanit Gebreab, Mehamed Hasebela, Mehamed Mahmud Edris, Mehamed Omar, Mehamed Raja, Meharena Tesfagabr Hawki, Meharezgi Fseha Temelso, Mehari Fsehay, Mehari Seltene Embaye, Mehari Weldemikael, Mehari Zegergish, Mekonen Gebreamlak, Meles Eyasu, Meles Zekarias Gebregziabihier, Menkem Mulue Tsegay, Merhawi Senay Meles, Merhawit Okbamilael, Merhawit Tesfalem, Merhawit Tesfom Selemon, Merih Teklebrhan Mengstu, Merkeb Fseha, Meseret Eebregziabihier, Meseret Mehari Kehase, Mhreteab, Mhreteab Mebrahtom Tesfamariam, Mielat, Mieron Gebredngl, Mihret Habte, Mikael Mehari Hailesilasie, Mikiel Abate Zerisenay, Mikiel Abed, Mikiel Bashay Zegergsh, Mikiel Efriem, Mikiel Zereay Gebremeskel, Mikiel Zerie, Milat Abreha (Diakon), Mlite, Mrhisenay Selemon Sengal, Mulue Desta Zerisenay, Mulue Tsegay Teklit, Mulugeta Weldu, Musie Endrias, Musie Selemon Tewelde, Musie Teklit Hailu, Nayzgi Gebrehiwet, Neamin Tekilay, Nebyat Berhe Mehari, Negash, Negasi Hadish Gebretsadik, Nesredin Omar, Netsere Habtemariam Mehari, Netsere Tsge Tesfay, Nuredin Mehamed, Okba Mengsteab Hbte, Okbay Gebretsaie, Okbit Gebreyesus, Osman Abdu Edrisanur, Osman Mehamed Osman, Paulos Tsegay Gebremedhn, Pietros Tekle Kiflay, Qongit, Rahwa Gebru, Rahwa Hbteslasie, Rahwa

Maেকে, Robiel Eyob Amanuel, Robiel Weldu, Romodan Yasin, Salina Embaye Asgedom, Salina Kahsay Mehari, Samrawit Zemikael Brhane, Samson Maেকে Medhanie, Samuel Bru Teweldemedhn, Samuel Teweldemedhn, Samuel Tsaedu, Samuel Yeuhans Gebremariam, Samuel Zerimariam, Sara Elias, Saron Araya Fsehatsion, Seid Yehdego, Selam Dawit, Selam Fikre Habte, Selam Kidane Gebreab, Selam Tekeste, Selam Teklay, Selemon Misgina, Selemon Semere, Selemon Tesfahiwet Farus, Selemon Weldu, Semere Negasi, Semere Teklehaymanot, Semere Tesfu Sengal, Semere Yemane, Semhar Abreham, Semhar Gebreyesus, Senayit, Senayt Ghirmay, Senayt Shmangus Hailu, Shewit Teklemariam Brhane, Sinodos Sbhatleab, Smret Eyob, Solyana Markos, Suleman, Tabit Yemane Desta, Tajedin, Tblets Gebregziabiher, Teame Haileslasie Frdu, Teame Tsigehans Abreha, Tekle Weldemikael, Teklemariam Gebretnsaie Weldebruk, Teklezgi Hagos, Teklisembet Huruy, Teklit Habte Berhe, Teklit Selemon Hagos, Teklom Beraki Desta, Teklom Brhane, Temesgen Kidane, Temesgen Afeworki Mengstu, Temesgen Ykealo Mesfn, Tesfahiwet Hadish, Tesfaldet Selemon Debesay, Tesfalem Brhane, Tesfay Teklemikael, Tesfaye Getahun, Tesfazgi Tesfamariam Hailemikael, Tesfazgi Tumzgi, Tesfealem Habte Mihreteab, Tesfealem Hagos Beyene Tesfealem Kahsu, Tesfealem Mengsteab, Tesfit Zeriay Weldemikael, Tesfom Mikael Gebreamlak, Tesfu Weldegebril Mengesha, Tewelde Alem, Tiedros Grmay, Tigisti Ahferom Weldeyowhans, Tomas Ghidey Measho, Trhas Selemon Ghirmay, Tsegay Kehase, Tsegay Mahdere, Tsegezeab Hbtetsion, Tsgereda Tekie, Tsray, Tumuzgi Habtom, Tumzgi Teklay, Wegahta Semere, Wegihu Mengsteab Megos, Welday Fikadu, Weldu Beraki, Werknesh Redi, Weyni Kidane, Yafet Gebreyesus, Yasin Mehamed, Yonas Berhe, Yonas Debesay, Yonas Embaye, Yonas Gebreyesus (Kastelo), Yonas Samson, Yonas Tekeste, Yonas Tekle, Yonas Tesfay Gebremedhn, Yonatan Haile Zenagebril, Yordanos Eysak, Yordanos Gebrehiwet, Yordanos Gebreyesus, Yordanos Hagos, Yordanos Shishay, Yosief Tesfaldet, Youhans Amare Sengal, Youhans Eyasu Tekie, Youhans Fsehation Habtom, Youhans Mehari, Youhans Tewelde, Yrgealem Ethiopia, Zekarias Beraki, Zekarias Fsehaye, Zelalem, Zerisenay, Zerisenay Berhe, Zerisenay Desbele, Zienawi Mola Asefaw.



Memorial Nuova Speranza de Vito Fiorino

FOTO: SUSANNA NANNI

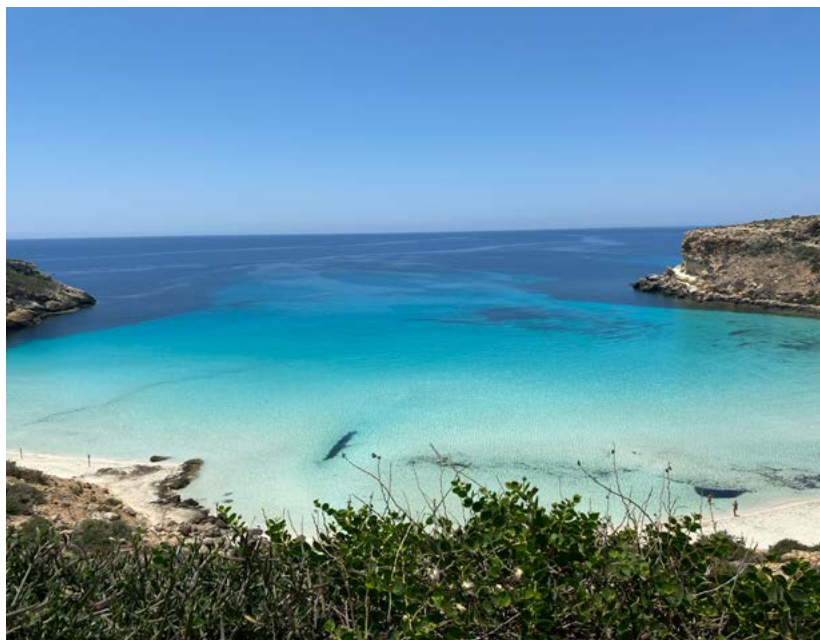
Hay muchos náufragos en el mar, continuamente, cada día. Cantidades impresionantes, centenares, millares. En los últimos años se registra un promedio de trece muertos diarios verificables. Y además están los que no podemos contar porque desaparecen en el fondo del mar: son los *desaparecidos* del Mediterráneo.

Cuando leemos en el diario los números de muertos en el mar, los náufragos son apenas números. Pero verlos en el mar, mientras jadean entre las olas, verlos a la cara y mirarlos a los ojos cuando se les tiende la mano, o no verlos más porque no lo lograron, porque el mar se los tragó, porque la indiferencia les da la espalda o cambia de ruta, es algo totalmente distinto. Los 368 muertos del 3 de octubre de 2013 no son números. Son personas.

Tenemos la tarea de luchar contra la indiferencia, de transformar los números en personas, de restituir dignidad a las víctimas, como seres humanos, todos.

Por eso llevo mi testimonio a los jóvenes.

Por eso espero que este libro pueda superar fronteras y llegar a otros jóvenes, con amor.



Bahía frente a la cual ocurrió el naufragio  
del 3 de octubre de 2013.

FOTO: SUSANA NANNI

## «HAY CUARENTA Y SIETE NÁUFRAGOS QUE VIVEN»

---

MARCELA CROCE

«Hay cuarenta y siete náufragos que viven», podría concluir —si hiciera falta añadir algo— del relato de Vito Fiorino. La frase puramente denotativa tiene idéntica resonancia y casi la misma escansión que la que pone en marcha a Rodolfo Walsh a la hora de escribir *Operación masacre*: «Hay un fusilado que vive». Lo que en Walsh es escándalo lógico en Fiorino es milagro humano (me resisto a llamarlo «humanitario», término que acude inevitablemente con impostación propia de organismos internacionales).

Lo que cuenta Vito se materializa a través de la constancia y la sensibilidad de Susanna Nanni, querida colega romana que no solamente logró captar el tono del narrador protagonista sino que además se convirtió en su amiga, en su huésped ocasional en la casa de Lampedusa y en su más entusiasta vocera. Esa intimidad afectiva le permitió recuperar una lengua en la que los modismos y los localismos, lejos de interferir con la comprensión, convocan más allá de su sentido. ¿Qué mejor palabra que *vuciare* para transmitir una desesperación que desarma a quien la escucha, independientemente de la lengua en que llegue el desgarramiento?

La historia de Vito Fiorino, como la que recibe Walsh, es increíble. Pero la creemos inmediatamente porque es cierta. Se trata de un horror repetido con diversas entonaciones y grados. Lo hemos visto en *La balsa de la Medusa* de Théodore Géricault, en esos cuerpos

de blancura anémica que cuelgan exánimes del amasijo de madera que no logra contenerlos. Casi dos siglos más tarde la escena retorna frente a las costas de una pequeña isla italiana, con una multitud de cuerpos negros que revelan el tráfico innoble del que fueron víctimas en pos de abandonar la desesperanza del lugar de origen. Náufragos en medio de la oscuridad, de los que solamente se distinguen los ojos desorbitados por un destino inmediatamente fatal, cuando no por las escenas de terror que los rodean: el incendio del barco por una maniobra de imprudencia inexplicable, la proximidad de los sumergidos, el combustible que cubre los cuerpos desnudos y los vuelve resbalosos para la voluntad de salvataje de dos hombres despiertos en una barca de apenas diez metros de eslora...

Susanna Nanni ha dicho que el Mediterráneo es hoy el mayor cementerio al aire libre. Vidas sin registro permanecen en sus aguas, mientras otras han alcanzado el mínimo ritual de la sepultura. Vito Fiorino, no conforme con haber cumplido casi medio centenar de rescates, fue artífice de la restitución de los nombres en un monumento que recuerda el episodio en el centro de Lampedusa. La lista de víctimas ocupa las páginas finales de su reconstrucción; los nombres extraños a nuestros oídos latinos comienzan a volverse familiares al cabo de pocas líneas que resulta imposible leer sin enervarse. Dije Walsh, dije Géricault, digo Primo Levi: hundidos y salvados tienen su lugar preciso en esta memoria de un naufragio que nos despierta una empatía que deberíamos convertir en exigencia para los poderes de una sociedad que sigue tolerando el espanto como una arista inevitable de su ufano bienestar.

## QUIENES ESCRIBEN



EN PLAZA DE MAYO,  
UN JUEVES, A LAS 15:30.  
FOTO DE MI HIJO, MICHELE.

### SUSANNA NANNI

Estoy agradecida a la vida y a las personas maravillosas que he encontrado a lo largo del camino, porque viajo desde que era niña y esto me ha hecho descubrir que los lugares de enunciación son infinitos, que yo existo en el Otro y que el Otro existe en mí; porque tengo un hijo maravilloso, Michele, que en su fase de inquietud adolescente está volcando todo su ímpetu y su sensibilidad en la pintura, el piano y la escritura; porque considero el objeto de mi trabajo como una forma de estar en el mundo. Soy profesora de Lengua y

literaturas hispanoamericanas en la Universidad Roma Tre desde hace casi veinte años y, durante mucho tiempo, también enseñé en escuelas secundarias. Esto me ha ofrecido el privilegio de estar en contacto con los jóvenes y aprender de ellos —de sus dudas, certezas, preguntas y reflexiones— más de lo que ellos puedan aprender de mí. Por eso, en mis publicaciones, la investigación y la enseñanza se alimentan y confluyen en un terreno común, como en mi último libro, *Memoria viva de la desaparición* (Teseo, 2025), donde intento mantener viva la memoria de los desaparecidos, de ayer y de hoy, con plena conciencia de mi lugar de enunciación: vivo a orillas del Mediterráneo, el mayor cementerio de desaparecidos en el mundo.

La memoria vive y palpita, está presente, para el futuro.

El *Nunca* más es acción.



FOTO DE ADRIANA CERLETTI

## MARCELA CROCE

Una pasión temprana por el lenguaje me llevó a decisiones que pueden parecer irrisorias pero que en retrospectiva se muestran estratégicas. La primera fue ponerme a leer el diccionario a los ocho o nueve años; empresa que abandoné sin mayores avances. La segunda fue estudiar Letras, lo que me liberó de la presión familiar para que me dedicara a la Medicina (no sin amenazas de mi parte: tuve que convencerlos de que como médica ejercería la psiquiatría, ya que solamente aspiraba a que me contaran historias). La tercera, ya a cierta edad —*a la vejez viruela*— fue lanzarme a la traducción. Como se ve, el afán léxico y el apetito narrativo siguen actuando, y sospecho que no poco tuvo que ver mi temprano aprendizaje musical, que me familiarizó con una codificación propicia a armonías y sensibilidades condensadas en la grafía del pentagrama.

Sin ánimo de convertir una breve noticia biográfica en afianzamiento de presagios allí donde la determinación se montó sobre combinaciones más o menos azarosas, procuro hacer de las versiones de otros textos —siempre en lenguas latinas, en cuya etimología y gramática confirmo intuiciones y me solazo en hallazgos prodigiosos— una módica contribución a la transmisión de ideas y afectos. En ese sentido opera el Gabinete de Traducciones que intento modelar, bajo el nombre querido de Ana María Barrenechea, en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina (INDEAL) de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA por la que circulo —como estudiante, como docente, como directora— desde hace cuatro décadas, pese a la promisoría juventud que revela mi fotografía.

# ÍNDICE

- 4 En el nombre del *Nunca más*:  
actuar la Memoria —SUSANNA NANNI
- 9 **En primera persona** —VITO FIORINO
- 9 Migraciones
- 10 Decisiones
- 12 Lampedusa
- 13 Helado de turrón
- 14 Gamar
- 15 Naufragios
- 18 Salvador de miradas
- 19 *Vuciare*
- 23 El naufragio
- 26 Salvataje
- 27 Protocolos
- 28 Apenas números
- 29 Padre
- 30 Testigo
- 31 Nombres
- 42 «Hay cuarenta y siete náufragos que viven»  
—MARCELA CROCE
- 43 Quienes escriben

## COLECCIÓN **TESTIMONIOS**

dirigida por Daniela Gauna

Huellas ante el olvido.



**VERA** editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias  
de la Facultad de Humanidades y Ciencias  
de la Universidad Nacional del Litoral.  
Instituto de Humanidades y Ciencias  
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).  
Programa de Lectura Ediciones UNL.



UNL • FACULTAD  
DE HUMANIDADES  
Y CIENCIAS



ediciones **UNL**



GABINETE DE  
TRADUCCIONES  
"Dr. Ana María Benítez"



*Directora Vera cartonera:* Analía Gerbaudo

*Asesoramiento editorial:* Ivana Tosti

*Corrección editorial:* Félix Chávez

*Gestión digital:* Programa Bibliotecas UNL

*Diseño:* Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya  
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral  
([www.huertatipografica.com](http://www.huertatipografica.com)).

---

Fiorino, Vito

Memoria de un naufragio / Vito Fiorino;  
Editado por Susana Nanni; Fotografías de  
Susana Nanni; Prólogo de Susana Nanni.  
—1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional del  
Litoral, 2026.

Libro digital, PDF/A – (Vera Cartonera.  
Testimonios)

Archivo Digital: descarga y online  
Traducción de: Marcela Croce.

ISBN 978-987-692-470-2

1. Memorias. 2. Narrativa Testimonial.  
3. Autobiografías. I. Nanni, Susana, ed.  
II. Nanni, Susana, fot. III. Nanni, Susana,  
prolog. IV. Croce, Marcela, trad. V. Título.  
CDD 800

---

© Vito Fiorino, 2026.

© del prólogo, la selección y edición:  
Susanna Nanni, 2026.

© de la traducción y el postfacio:  
Marcela Croce, 2026.

© de la editorial: Vera cartonera, 2026.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL  
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina  
Contacto: [veracartonera@fhuc.unl.edu.ar](mailto:veracartonera@fhuc.unl.edu.ar)



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–  
CompartirIgual 4.0 Internacional